

Liber, 8.10.19

De quien escribe a quien lee.

Espido Freire

Mi deuda con las bibliotecas comienza en 1979, cuando, recién cumplidos los 5 años, mi hermana mayor me hizo socia de la que teníamos más a mano: la Biblioteca Municipal de Llodio, que muy pronto dejó la sala oscura, con una puerta rotatoria, donde se albergaba, para pasar al bajo de un edificio de nueva construcción, luminoso y amplio, donde aún sigue. Han pasado 40 años y la lectora hambrienta y recién iniciada de entonces se ha convertido en una escritora igualmente voraz con los libros, pero la biblioteca de mi infancia continúa allí, cada vez más limitada por la falta de presupuesto y de espacio que caracteriza a casi todas las humildes, imprescindibles, silenciosas bibliotecas públicas.

Sin esa biblioteca yo no solo no sería escritora: no sería, sencillamente, la persona que ahora soy. Sin el acceso libre que, primero mis padres, luego mis bibliotecarias, me brindaron a aquellos estantes, mi mundo y mi conocimiento serían más limitados, más grises, más homogéneos. Aquellos adultos comprendieron pronto que ante mis deseos de leer sería un error dividir la literatura de niños de la de adultos, o limitar, o mucho menos prohibir. La bibliotecaria, tras algunas pruebas aleatorias de comprensión lectora, hizo la vista gorda al número de libros que tomaba prestados, o a mi edad. Mi madre me puso como único límite el peso de los libros: no podía llevarme a casa más de dos muy gruesos.

Entonces fragüé yo mi visión de lo que era la literatura y el conocimiento: la biblioteca no contaba con demasiadas novedades: eso no ocurriría hasta los 90. Los clásicos, las obras completas, todo lo que el tiempo y el criterio había considerado valioso del pensamiento humano, se encontraba allí representado, o al menos, insinuado. Yo no estudiaba en la biblioteca, no me reunía allí para trabajos: miraba con desdén a quien sí lo hacía. Para mí aquello no era una sala de estudio, sino una galería, similar a los laberintos que describía Borges, en la que el silencio se sobreentendía; no necesitaba a nadie. Para eso estaban los libros. Los libros, el tiempo y yo. Pocas veces he sido más genuinamente feliz.

¿Cómo se puede devolver parte de esa deuda, si no es con la defensa acérrima de las bibliotecas y el entusiasmo compartido con quienes trabajan en ellas? Hoy en día, ya adulta, huésped de tantas bibliotecas nacionales y extranjeras, he roto muchas veces el silencio en ellas. Encuentros con lectores, tertulias, clubes de lectura, e incluso el bautizo de una de ellas con mi nombre me han llevado a hablar en alto y a conversar con otros, con la excusa de los libros, de la literatura y de los gustos que nos llevan a sentirnos cercanos a extraños.

Las bibliotecas nunca han sido más dinámicas, ni han estado tan abiertas a formatos y a actividades nuevas. Aunque sigo sintiendo algo de ojeriza a quienes las limitan a salas de estudio, comparto y valoro prácticamente todas las ideas que las convierten en centros de reunión. Bibliotecas vivas, con niños y con ancianos, con grupos de mujeres (siguen siendo el eje lector principal) o de adolescentes inquietos.

Sin embargo, no oculto que sigo yendo a ellas con el mismo espíritu que antes de publicar un solo libro: la lectura, el descubrimiento de buenos libros y la investigación. La biblioteca debe, sin duda, mantenerse abierta a gustos muy plurales: pero como servicio público, una de sus funciones es, precisamente, la preservación de aquellos libros que el ajetreo de las modas reemplaza a una velocidad enloquecida en las librerías. En algún lugar de esas bibliotecas se encuentra la hebra de conocimiento que enlaza con el hilo común. Grabados, grabaciones, manuscritos, libros locales, clásicos, novedades de calidad. Lo mejor que hemos hecho como sociedad, lo peor que hemos cometido como especie se encuentra registrado entre esas paredes. La vida no solo ocurre entre las calles bulliciosas; transcurre con la misma pasión página a página, en la infinita y a veces invisible relación entre escritor y lector.